tercesión. Cuando tenemos la desdicha de cometer un pecado, perdemos la gracia, y ya sabéis que la gracia es el sol del alma, es Jesús, es el Espíritu Santo que habita en nuestros corazones. Las tinieblas entran en nosotros y caemos en la perdición. Mas, ¿quién hace que conservemos todavía un resto de luz, de fé y de esperanza? ¿Quién hace brotar en nosotros el arrepentimiento y nos inspira el deseo de volver á Dios? No dudéis, hermanos míos, que quien lo hace es la Estrella bienechora que luce sobre nosotros aun después de puesto el sol.

¡Oh Reina, oh Madre, oh Providencia bendita de las almas, sé para nosotros esa Estrella bienechora! Si tenemos la desgracia de caer en pecado y de ver que Jesús se retira de nuestras almas, sé para nosotros la *Estrella vespertina*, y cuando la muerte ponga sobre nosotros su mano descarnada, haz que tu intercesión muestre á nuestras almas reconciliadas los esplendores del sol eterno.... Sé para nosotros la *Estrella de la mañana. Stella matutina, ora pro nobis.*

Amén.

PLATICA VIGESIMA CUARTA.

Dia 23 de mayo.

MARIA ES LA SALUD DE LOS ENFERMOS
PARA LAS ENFERMEDADES DEL CUERPO Y LAS DEL ALMA.

Texto. *Salus infirmorum, ora pro nobis.* Salud de los enfermos, auxilio de los débiles, ruega por nosotros.

Exordio. La Santísima Vírgen María es una imágen fiel de su divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo. Su corazón es, por su bondad y su ternura, una copia fiel del corazón de Jesús. Nos dice el Evangelio que llevaban al divino Redentor multitud de enfermos: "Jesús, Hijo de David, gritaban, hacedme ver; y recobraban la vista. Algunas veces le llevaban un poseido á quien el demonio atormentaba, y sus parientes decían: "Jesús, líbrale de sus males, y le libraba.

En otra parte, un amo le lleva un criado á quién devoraba la fiebre, y el criado sana. No terminaría hermanos mios, si quisiera relatar todas las curas maravillosas obradas por el divino Salvador en el curso de su vida mortal. Podía decir con verdad á los enviados de san Juan Bautista: "Id y contad á vuestro amo lo que habéis visto. Los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan y sanan los enfermos." Deseo saber probaros esta noche que este poder de sanar á los enfermos ha sido concedido á la Santísima Vírgen, á la que saludamos con el nombre de *Salud de los enfermos; Salus infirmorum.*

PARTE PRIMERA.

María, *Salud de los enfermos.* Entre los bienes del orden natural, el mejor de todos ellos es la salud. Ya sabéis, hermanos mios, que muchas son las enfermedades que afligen al cuerpo humano, y minan ó destruyen su naturaleza y su salud, que es lo que constituye su fuerza y su belleza. Pues bien, hermanos mios, al dar la Iglesia á María el nombre de *Salud de los enfermos,* nos invita á recurrir á la Santísima Vírgen, así en nuestras congojas como en nuestras enfermedades. Si tenemos fé viva, y Dios cree que nos conviene recobrar la salud, contad con que María nos la conseguirá.

Al visitar los más famosos santuarios dedicados á la Vírgen María, admira ver el número de *ex-voto,* corazones de oro y tablitas de marmol que están colgados en las paredes de las capillas como recuerdos permanentes de los favores recibidos, gracias á su intercesión. Algunos atestiguan gracias espirituales, pero

la mayor parte representan un recuerdo de enfermedades curadas y salud restablecida. ¡En cuántos de esos recuerdos leemos éstas ó semejantes palabras: "Rogué á la Santísima Vírgen y curó á mi hija:—"La Santísima Vírgen me devolvió á mi padre que estaba moribundo."! ¿No os doy parte frecuentemente, hermanos mios, de las curas maravillosas que se han conseguido por intercesión de la Vírgen María, ya en Lourdes, ya en la Saleta y en otros santuarios?

En todos tiempos, hermanos mios, ha merecido la Vírgen el título de *Salud de los enfermos.* En la vida de los santos hallamos numerosas pruebas. Por una parte vemos á un príncipe de Bohemia que acompañado de su esposa, que lleva en sus brazos á un niño moribundo, se dirigen á una capilla dedicada á la Vírgen y depositan al pié del altar al enfermo, exclamando: ¡"Oh Virgen santa, oye los ruegos de unos padres desconsolados. Su hijo se muere, dígnate devolverle la salud. Si lo salvas, hacemos voto de consagrarle á Dios; queremos que sea sacerdote del Señor, para que vaya lejos á predicar el Evangelio de su Hijo y la gloria de su nombre!" María oye sus súplicas y el niño recobra la salud desde luego, y andando el tiempo llegó á ser obispo, y sufriendo el martirio dió por Jesucristo la vida que la Santísima Vírgen le había conservado. Tal fué san Alberto, obispo de Praga. (*In vita ejus.*)

PARTE SEGUNDA.

En lo que es sobre todo María *Salud de los enfermos,* es en las enfermedades del alma. Mañana que la consideremos como *Refugio de los pecadores,* hablare-

mos de esto mas extensamente. Solo unas palabras os diré acerca de este asunto. ¿Necesito repetiros que la gracia santificante es la vida de nuestra alma, y que cuando tenemos la desgracia de caer en pecado mortal, nuestra pobre alma, privada del amor de Dios, muere ante él y ante los ángeles? Todos los que estáis aquí presentes sabéis, inclusos los niños, que ésta es una verdad. En tales circunstancias es cuando la Vírgen María se manifiesta *Salud de los enfermos*, pues hace que recobremos la vida de la gracia y de la salud que habíamos perdido.

En la vida de san Francisco de Girolamo leemos un hecho que prueba la verdad de lo que acabo de decir. Un pobre pecador que llevaba veinticinco años de no haberse acercado al tribunal de la penitencia, acabó un día por desesperarse á causa de su abandono, y se decia: "Ahora no habrá confesor que quiera absolverme." I seguía viviendo en el desorden, considerando que al fin y al cabo sus pecados no merecían perdón. Una noche se le apareció la Santísima Vírgen y le exhortó para que se reconciliase con su divino Hijo. Por segunda vez se le apareció, y el infeliz, después de prometer faltaba á su promesa, alegando siempre que sus pecados no tenían perdón. Por tercera vez se le apareció la Vírgen: ¡Oh Madre Santísima, qué buena eres puesto que te dignas visitar por tercera vez á un encrudecido pecador! "Ve á confesarte, le dijo, pues he conseguido de mi Hijo el perdón de tus pecados, y le designó como confesor á san Francisco de Girolamo. (1) El santo le acogió como acoge el buen pastor á la oveja descarriada. Le abra-

(1) Véase la vida de este santo en Ribadeneira.

zó, le alentó y le dispuso tan bien que, gracias siempre á la intercesión de la Vírgen, obtuvo el perdón de sus pecados. ¡Oh María, *Salud de los enfermos*, tú fuiste quien le salvó!

Conclusión. Este título me recuerda otro hecho de que os hablaré para acabar. Me refiero á una santa beatificada hace menos de cincuenta años (2) la bienaventurada Mariana de Jesús. Jóven todavía, tenía una gran devoción á María, como todas las almas privilegiadas. En cambio la Madre de Jesús la llenó de gracias y favores. Un día se lastimó Mariana gravemente un dedo. Considerándose dichosa al sufrir algo por Jesús, ocultó durante muchos días su herida y ofrecía sus dolores á Jesús, como para juntarlos con los que él había sufrido en su Pasión. Pero el mal avanzaba y se manifestaba ya la gangrena. Se la quiso obligar á ver al médico: "Esperad un poco, contestaba la jóven con una confianza admirable; esperad un poco y veréis como me aliviaré. I se arrodilló delante de una imágen de la Vírgen, suplicándole que ella misma la curase. ¡Oh cosa prodigiosa! al acabar su rezo, el mal había desaparecido. Tu poder no tiene límites, oh divina Madre de Jesús, y eres la *Salud de los enfermos*. Te rogamos que dés á nuestras almas la fortaleza que necesitan; apártalas de las pasiones, que son enfermedades gravísimas y peligrosas y tratarían de robar á nuestros corazones la gracia de Dios, que las hace fuertes y les da la salud. Sé para nosotros, oh María, la *Salud de los enfermos*. *Salus infirmorum, ora pro nobis.*

Amén.

(2) En 150.8